

El Plan Bolonia

explicado a los que nos gobiernan

(que parece que no se enteran)

Se acercan las elecciones europeas y una vez más, los partidos políticos se acordarán de nuestro derecho de voto para repartirse la menguante representación asignada en Estrasburgo al Reino de España. Tradicionalmente, los comicios europeos han sido unas elecciones de protesta y a pesar de que la UE concentra cada vez más poder, no parece que se tomen demasiado en serio todavía. El Plan Bolonia, sin embargo, demuestra que va siendo hora de redimensionar la importancia de la dimensión europea.

1. ¿ALGUIEN HA DICHO “DESAFECCIÓN”?

Desde los sucesivos fracasos del Tratado por el que se establece una Constitución para Europa o TCE (la mal llamada Constitución Europea), el europeísmo anda de capa caída. A pesar de ello, nuestras autoridades políticas y académicas prefieren hacer que no se enteran y seguir como si aquí no pasase nada y el crédito europeo, con fondos ilimitados en el banco del horror ‘a la autarquía franquista’, fuese una fuente inagotable de legitimidad política. Hubo un tiempo en el que un viejo silogismo funcionaba bien para ganarse los votos de una ciudadanía harta de autoritarismo: el mayor desastre que pueda provocar cualquier gobierno europeo, se pensaba, siempre será mejor que un gobierno español; así que da igual lo que votemos en Europa, que siempre estará bien. Para desgracia del *establishment* político, esto ya no funciona. A juzgar por los resultados electorales de referendums y elecciones, la idea de Europa como pragmática utopía posible del crecimiento, la seguridad y el bienestar universal no levanta cabeza desde hace una buena temporada. Escarmentados por el fracaso constitucionalista en Francia y los vanos intentos posteriores de relanzar un constitucio-

nalismo neoliberal por todo lo alto (así, por ejemplo, el más reciente fracaso irlandés), los políticos europeos han preferido dejar de lado la pompa y el boato para tiempos mejores y seguir adelante paso a paso, de manera bastante menos visible, pero no por ello menos eficaz.

En este sentido, la manera en que se está implementando el plan Bolonia podría acabar siendo un buen ejemplo de cómo se puede lograr imponer uno sin necesidad de pasar por el incómodo trance de consultar a una ciudadanía harta de crisis, precarización y mercantilización de su existencia. A la chita callando o lo que es lo mismo, destituyendo al jefe de la policía y aprobando una moción unánime dando luz verde al Plan Bolonia, las autoridades políticas catalanas (las que más problema han tenido por ahora con un movimiento que se expande, empero, por todo el Estado) intentan escapar como pueden a la peligrosa notoriedad a que conduce la participación democrática (a comenzar por los obscenos resultados electorales que tienen lugar en el mundo universitario). Este nuevo despotismo ilustrado cuyo lema bien podría ser “todo para la universidad, pero sin la universidad”, tiene no obstante una pega en el marco de nuestros demediados regímenes democráticos:

RAIMUNDO VIEJO VIÑAS

y es que produce una “desafección” constante.

Pero vayamos por partes. Concepto acuñado y promovido desde las ciencias sociales de inspiración positivista, tan queridas del neoliberalismo, la “desafección” es una noción que se sustrae al procedimiento democrático de producción de consenso para instalarse directamente en el terreno de la aquiescencia autoritaria. Dicho de otro modo: sobre la presunción de que una vez elegido, un cargo público es un dictador con un contrato por cuatro años, la pragmática del discurso de la desafección nos viene a decir que no sólo estamos obligados a aceptar, sino que, además, debemos “desear” (nótese que desafección habla de afectos) aquello que se nos impone. El problema es que la participación política, cuando es un acto libre, no se conjuga en imperativo (nadie puede ordenar “¡ámame!” y esperar que se le ame). Así pues, no basta con aprobar la Declaración de Bolonia y esperar que todo el mundo la desee, por muy hermosas que parezcan sus palabras (como es sabido, el denominado Plan Bolonia no es ningún plan, sino una pobre declaración de buenas intenciones y pedagogía progresista bajo la que se intenta encubrir, de manera más o menos obscena, más o menos eficaz y más o menos autoritaria según los países, la mercantilización de la enseñanza superior). Por desgracia, esto no parece estar en la mente de las autoridades políticas y académicas de turno.

2. ¿BOLONIA A GOLPES DE PORRA?

En los últimos años el movimiento universitario, en general, y estudiantil, en particular, ha demostrado una maduración y *savoir faire* político muy superior en términos democráticos y participativos al de sus interlocutores institucionales. Especialmente en el otoño pasado, la ola de movilizaciones demostró

que las redes que integran el movimiento saben dejar de lado las tensiones entre maximalistas y reformistas a fin de sostener la visibilización en la esfera pública de sus reivindicaciones comunes. La modélica ocupación de la central (Universidad de Barcelona) se erigió en un símbolo de reivindicación del diálogo democrático.

Como ahora pública consiguió que la sociedad no sólo logró llamar la atención sobre lo que sucede en la universidad, sino que, además, demostró que, lejos de los estereotipos demagógicos difundidos por buena parte de los medios de comunicación y algunas figuras mediáticas, estudiantes, profesores y personal administrativo no querían que se les sustrajese el debate político sobre el futuro de la universidad. Seguramente por esto molestaba tanto

a las autoridades políticas y académicas, así como a los corifeos de la mal llamada “opinión pública” (cuando se entiende por tal, exclusivamente, la opinión de los grandes medios).

En efecto, como siempre que sucede que el movimiento cuestiona la actuación del gobierno representativo, éste responde invocando la legitimidad que se le supone. Fue por ello mismo que en la respuesta de la ACUP a los encierros en las facultades, se apelaba a la no necesidad de abrir cauces de diálogo efectivos (y no únicamente expresión de pareceres en los medios de comunicación) por considerarse la expresión legítima del poder del “pueblo” (noción que desde Hobbes y Spinoza sabemos se contrapone al concepto de “multitud” en tanto que transposición del carácter unitario del poder soberano al cuerpo social). A resultas de esta respuesta de las autoridades rectorales, la escalada de movilizaciones continuó y las respuestas se endurecieron más allá de lo tolerable en una democracia.

Los acontecimientos del 18 y 19-M marcan en este sentido un punto de inflexión para las autoridades académicas que, obstinadas en salirse con la



RAIMUNDO VIEJO VIÑAS

suya, decidieron pasar el problema a las instancias gubernamentales inmediatamente superiores, esto es, al Parlament de Catalunya. No sin la presión de la oposición de centro y derecha (CiU, PP y Ciutadans), partidaria de la mano dura, el actual gobierno tripartito decidió resolver la coyuntura sin abordar el auténtico problema de fondo: la puesta en marcha de un proceso deliberativo que permita a la comunidad universitaria protagonizar y decidir los términos de su propia europeización. Tal es la debilidad con la que se está implementando el Plan Bolonia en las universidades españolas. La situación consiguiente tras la aprobación de la resolución unánime del Parlament a favor de la actual implementación del plan convierte lo que debería ser una deliberación democrática con un mínimo de garantías en un diálogo de sordos que aspira únicamente a favorecer, aún más si cabe, la “desafección”.

3. ¿VOTAR O CONSENTIR?

Así las cosas, las perspectivas que se abren en el horizonte de las próximas elecciones europeas no son demasiado esperanzadoras. Visto lo visto no cabe pensar que los partidos políticos se animen a favorecer las condiciones de una deliberación efectiva en el mundo universitario. Ante esta situación, existen básicamente dos alternativas: la primera y más directa consiste en presentar o votar candidaturas que se opongan explícitamente a la actual implementación del plan o, en su defecto, votar en blanco o nulo. Es lo que se conoce como voto de protesta (a la manera, por ejemplo, de las pequeñas candidaturas sin posibilidades de obtener representación o de las “candidaturas farsa”, como la que en su día hizo eurodiputado a Ruiz Mateos).

La segunda alternativa es algo más compleja y requiere un mayor pragmatismo democrático. A la vista de la unanimidad parlamentaria, no resulta difícil deducir que los partidos políticos cuentan con la desafección y el reparto del voto restante, como mejor estrategia. Se trataría, pues, de no aceptar su imposición, de cambiar esta tendencia. Lejos de afirmarse en la opción del todo o nada, o del viejo apotegma leninista “cuanto peor, mejor”, esta alternativa consiste en pensar formas de presión de base, o como dirían los zapatistas “desde abajo a la izquierda”. Por exponerlo de manera sintética, se trata de reorientar el esfuerzo movilizador hacia

las candidaturas electorales que se presenten en las próximas elecciones como si estas fuesen lo que, en rigor, deberían ser: interfaces mediadores de las demandas sociales en el gobierno representativo. Por reorientar el esfuerzo movilizador no nos referimos, claro está, a que se haya de participar en su campaña, sino todo lo contrario, se trata de visibilizar como campaña de movimiento el peso electoral específico que tiene la comunidad universitaria. En el terreno de lo concreto hablamos de algo tan sencillo como la visibilización, por medio de un manifiesto y recogida de firmas, del electorado que dejaría de votar a los partidos de la izquierda parlamentaria si estos no dan el giro radical hacia el diálogo democrático y participativo.

La razón de fondo es bien sencilla: no es de recibo que los miles de ciudadanos que se manifestaron en las calles (aunque el discurso paternalista los presente como menores, los estudiantes, debería holgar decirlo, son mayores de edad y ciudadanos de pleno derecho) no dispongan de otra alternativa que la disyuntiva entre desilusionarse de la política (abocarse a la malquerencia o desafección sobre la que siempre se han alimentado las derivas autoritarias) o alimentar coyunturalmente pequeñas sectas políticas sin más futuro que una coyuntura imposible (incluso en una crisis del capitalismo tan brutal como la actual, la Historia se niega a repetirse). Ya va siendo hora de que aquí como en Europa, a la manera de Grândola Vilamorená, se sepa que “*o povo é quem mais ordena*” o para el caso, dicho en otros términos, que el movimiento exige, porque puede y debe, otro gobierno, otra forma de participar en cuanto le concierne. Se trata de dar un paso más adelante en la construcción de esa otra esfera pública necesaria a una democracia de calidad y la regeneración de la vida pública. Todo lo demás es, sencillamente, política de la impotencia.

EL DR. RAIMUNDO VIEJO VIÑAS
ES PROFESOR DE TEORÍA POLÍTICA
EN LA UNIVERSIDAD POMPEU FABRA



EUROPEVILLE LA UNIÓN DEL FUTURO

TRAS LAS ELECCIONES 7-J



ILUSTRACIÓN: FERNANDO ALCÁZAR ZAMBRANO